

El teatro en tiempos de crisis - El teatro y las crisis

Artículo publicado el 1 de abril de 2010 en Revista Entreacte



Autora: Anna Rosa Cisquella

equipo de dirección de Dagoll Dagom

Fotografía: Rafael Arocha

En el momento en el que nacieron las compañías del nombrado *Teatro Independiente* en Cataluña, es evidente que se había producido una gran crisis en el teatro catalán. Quedaba atrás el furor popular de finales de siglo XIX que hizo seguir a miles de personas al entierro de Àngel Guimerà, o la dinamización cultural de la Segunda República. La dictadura de Franco lo había aniquilado casi todo.

Sólo hay que recurrir a las hemerotecas y consultar las carteleras de los años 60 para observar que casi no existía programación teatral. Se habían cerrado muchos teatros, otros se habían convertido en cines, y lo que se programaba era prácticamente sólo revista o vodevil, mayoritariamente en lengua castellana.

En este contexto, nacieron las nuevas compañías con un nuevo concepto empresarial: casi todas eran cooperativas que, con un sobre esfuerzo y una sobre explotación de su propio personal artístico y técnico, pero también con grandes dosis de ilusión y combatividad, fueron asentándose como pequeñas empresas con la voluntad de recuperar los espacios y el público que habían desaparecido.

Esta crisis se superó a lo largo de tres décadas, con muchas complicidades de otros sectores sociales y culturales. Una primera etapa de superación -los años 70 del siglo pasado- se desarrolló con la colaboración de tantas y tantas asociaciones civiles,

ateneos, compañías de teatro amateur, núcleos universitarios, etc., que consideraban el teatro como un bien cultural en extinción, y que hicieron posible que, en los espacios más insólitos, volvieran a plantarse tarimas, colgar focos, montar cuatro sillas o minúsculos decorados, y jóvenes actores recitaran textos clásicos o, la mayoría de veces, intentaran el reto de la innovación y la creación colectiva. En esta etapa también había una mezcla de recuperación del hecho cultural y la utilización de la escena teatral como arma política en contra de la dictadura de Franco.

Con la llegada de la democracia, entramos en una época dorada donde realmente el teatro independiente tuvo un momento de esplendor. Tanto el gobierno central como la mayoría de ayuntamientos del país invirtieron lo que no se había invertido en muchos años. La cultura y el teatro convirtieron en una necesidad reivindicada por casi todos los partidos políticos, especialmente los de izquierda y los nacionalistas, y, al mismo tiempo, en su escaparate social.

Grandes programaciones, festivales, subvenciones a entidades, compañías y productoras, inicio de la remodelación de espacios teatrales, así como, poco a poco, la reconversión de la mayoría de espacios escénicos y teatros que pasaron a manos de los ayuntamientos, de las diputaciones y los gobiernos autonómicos.

Se podría decir que hacia los años 90, la crisis del teatro había desaparecido. Se había creado un público, había muchos espacios escénicos recuperados, muchas compañías profesionalizadas en todas las comunidades autónomas, que, con más o menos estabilidad, empezaban a ofrecer al público una gran y rica diversidad de propuestas teatrales.

Y en la tercera etapa, que va desde mediados de los años 90 hasta la actualidad, se puede observar un continuismo, un poco desilusionado pero sin embargo profesionalizado, por parte de las compañías de teatro independiente aún sostenidas con la colaboración de las instituciones públicas. En todos estos años, pero, lo que realmente se ha subvencionado ha sido el público, que pagaba y paga un precio de entrada simbólico, muchas veces inferior al precio de coste real del espectáculo, llegando en algunos casos a la gratuidad.

En un momento de gran aumento de las producciones teatrales, estimulada por los últimos años de crecimiento y bonanza, y con estos antecedentes, explota la crisis económica del año 2009 en todo el mundo. Una crisis que afecta a todos los sectores, incluidos las propias instituciones públicas y, sobre todo, los ayuntamientos que han nutrido sus arcas con los beneficios de la burbuja inmobiliaria.

El mapa de la actividad teatral en estos momentos se reparte en las dos grandes ciudades del Estado, Madrid y Barcelona, donde el teatro comercial puede optar a realizar temporadas largas, en otras ciudades como Valencia, Bilbao, Palma de Mallorca y Sevilla se actúa una media de una semana o, como mucho, dos, y el resto de ciudades y municipios del Estado, donde se pueden realizar una o dos funciones.

Por otra parte, y según datos del Centro de Documentación Teatral del INAEM, en estos momentos hay en nuestro país alrededor de 1.500 teatros / espacios culturales diversos que realizan programación teatral, la mayoría de los cuales son de titularidad pública y los que no lo son están en buena parte situados en Barcelona y Madrid. Dado que la

mayoría de producciones y compañías tienen muy difícil la opción de hacer temporada en estas ciudades, su subsistencia pasa necesariamente por la programación de bolos en todas las poblaciones que contratan producciones teatrales.

Si bien es cierto que, de momento, la afluencia de público no ha disminuido en Barcelona y Madrid, también lo es que la crisis está afectando negativamente el proceso de contratación de la mayoría de ayuntamientos: disminución de la contratación, presión a la baja en los precios de contratación de los espectáculos (cuando muchas producciones ni siquiera contemplan la amortización en sus cachés para poder trabajar), demanda de actuaciones en porcentaje de taquilla (cuando esto es imposible a causa de aforos pequeños o porque el precio de las entradas es, muchas veces, irrisorio o simbólico). Esta situación hace prever una grave repercusión de la crisis económica en el sector teatral que, en su mayoría, depende de los presupuestos que las instituciones públicas dedican a cultura y, concretamente, a la exhibición teatral. Por otra parte, también queda afectada la producción, que tiende a paralizarse o a reducir espectacularmente los costes, sobre todo en cuanto a propuestas de formato medio y grande, ya que la iniciativa privada no se atreve a realizar grandes inversiones en un momento tan arriesgado en el que es muy difícil recuperar la inversión realizada.

En estas circunstancias, hay que encontrar soluciones, estableciendo un diálogo intenso y serio entre todos los agentes del sector. Hay que plantearse, quizás, una reconversión del sistema teatral en nuestro país con una derivación hacia un sistema mixto público / privado en muchas poblaciones, concienciar a los ayuntamientos y al público de la necesidad de subir los precios hasta acercarse al coste real para continuar programando buenos proyectos en los teatros, estimular y fidelizar la asistencia de público, reinventar y reforzar los sistemas de comunicación, publicidad y marketing que muchas poblaciones realizan de manera mimética, escasa y sin imaginación.

Y con todo esto, continuar manifestando que el teatro es una actividad artesanal que necesita del apoyo de las instituciones públicas para continuar existiendo como bien cultural que, a lo largo del tiempo y en medio de mil crisis y cambios tecnológicos, continúa orgullosamente en pie como imbatible sistema de comunicación entre todos los pueblos del mundo.